
Un Buen Negocio

Vicente Riva Palacio

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 5448

Título: Un Buen Negocio

Autor: Vicente Riva Palacio

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 29 de octubre de 2020

Fecha de modificación: 29 de octubre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Un Buen Negocio

Pocas veces el Lafayette, vapor de la Compañía Trasatlántica francesa, había sufrido, al cruzar el océano con rumbo a América, un temporal más largo y más espantoso. Las olas, semejando montañas negras, pasaban en vertiginosa carrera, chocando contra el casco del buque, levantándose hasta barrer la cubierta, precipitándose por las escaleras y saliendo por los imbornales, en los que se producía un ruido pavoroso y un hervor siniestro. El huracán cruzaba por la arboladura, gimiendo, rugiendo, silbando, remedando algunas veces el ruido de un carro de bronce sobre una bóveda de acero; otras, el aullido de un lobo; otras, el agudo silbar de la serpiente. Densas nubes de color indefinible se arremolinaban en el cielo, tan bajas, que casi envolvían el cataviento de la embarcación.

Bailaba el vapor, perdido en aquella inmensidad, como una hoja de árbol arrebatada por un torbellino. Los marineros, cubiertos con sus vestidos amarillentos de lona embreada y empapados por la lluvia, corrían precipitados de un lado a otro. Todas las escotillas y todas las puertas estaban cerradas y clavadas; los pasajeros, encerrados, unos se agrupaban en el salón, y otros se habían retirado a sus camarotes; pero todos llenos de pavor, oían cada crujido de la catástrofe. Las mujeres rezaban, los hombres estaban silenciosos.

Entre los pasajeros que el vapor Lafayette conducía a Veracruz, iba don Rosendo de Figueroa, que, por nacimiento, era mexicano, pero por su aspecto le hubiera tomado cualquiera por uno de esos ingleses que han enriquecido con los climas tropicales, perdiendo el color del rostro de los

hijos de Albión para adquirir el moreno y tostado cutis de los hombres que nacen en aquellas ardientes regiones.

Don Rosendo era un hombre capaz de hacer un buen negocio con el primero que encontrara en la calle, en la iglesia o en un compartimiento de ferrocarril. Tenía el don de ganar dinero, y, en verdad, también el de gastarlo, porque era espléndido y franco como un nabab, y sus repetidos viajes a Europa le habían hecho un hombre de buen gusto.

Era de regular estatura, moreno, delgado; contaría cincuenta años; su pelo comenzaba a estar canoso, pero sus ojos estaban brillantes como los de un hombre de treinta, y había en su mirada algo así de la rapidez de los golpes de los buenos esgrimidores de florete.

Don Rosendo no era valiente, y además hacía gala de ser observante en religión y de ser hombre de arraigadas creencias; así es que, cuando apareció la tormenta, tuvo mucho miedo y comenzó a rezar.

Llegó un momento en que el hombre se creyó perdido, y recurrió, como en semejante caso hacen muchos, a las promesas, cosa más natural en él por ser hombre tan acostumbrado a ver un negocio en todos los acontecimientos de la vida.

—¡Madre santísima de Guadalupe! —exclamó, porque todos los mexicanos son muy devotos de la Virgen de Guadalupe— si me salvas de este trance y llego con felicidad a mi casa, te prometo mandarte decir dos mil misas.

Realmente el negocio no era malo; la vida de don Rosendo, con todas sus consecuencias, no salla cara por dos mil misas, aun cuando más barato hubiera salido París en aquello que dijo Enrique IV (según dicen), que «París bien vale una misa». Pero las mil novecientas noventa y nueve de más las daba con mucho gusto en aquellos instantes don Rosendo.

Aunque con algún retraso, el Lafayette llegó felizmente a

Veracruz; desembarcó don Rosendo, dando gracias a Dios por haberlo salvado. Tomó el ferrocarril, llegó a México y volvió a embarcarse otra vez, no en el Atlántico, sino en el revuelto mar de sus negocios.

Pasaban los días y los meses, y don Rosendo no cumplía su promesa, pero tampoco la olvidaba, y era un remordimiento sordo, que le causaba algunos desvelos.

Como era un solterón recalcitrante, llegaba a una hora en la noche, antes de dormirse, en que se encontraba enteramente solo, pensando en sus negocios, y siempre, en medio de aquella interminable serie de combinaciones, aparecía el recuerdo de la promesa como uno de esos pretendientes pertinaces que en todas partes se les presentan a los ministros, no más para decirles: «¡Aquí estoy!».

Don Rosendo desechara aquello como un mal pensamiento, diciendo siempre para calmar su conciencia: «Mañana, en cuanto me levante, arreglo este negocio».

Por fin, un día aquel negocio tuvo que arreglarse. El comerciante llamó a un clérigo muy su conocido y le dijo:

—Oiga usted, padre; va usted a decir cinco misas a la Virgen de Guadalupe, y por cada una de ellas le voy a dar cien duros.

El pobre clérigo estuvo a punto de desmayarse; porque es de advertir que allí la limosna por cada misa es generalmente, por lo menos, un duro; pero aún no se habla repuesto de su emoción, cuando don Rosendo agregó:

—Pero me va usted a firmar un recibo en que diga que usted ha recibido dos mil duros por haber dicho dos mil misas.

La tentación era grande; el clérigo no debía ser muy escrupuloso, y el recibo se firmó en papel que llevaba todos los requisitos necesarios y exigidos por la ley para esta clase de documentos.

Aquel día don Rosendo estuvo más alegre que de costumbre, y decía a sus amigos, frotándose las manos, a la hora de almorzar:

—Ahora sí estoy muy contento; me he quitado de encima un compromiso viejo, ganando mil quinientos pesos en menos de un cuarto de hora. Este sí que es un buen negocio.

Pasaron así dos semanas, y un día don Rosendo recibió una carta del clérigo, diciéndole que los médicos le habían desahuciado, que estaba muy grave, que no había podido decir las misas y se había gastado doscientos duros; pero que en descargo de su conciencia le devolvía trescientos en billetes de banco, y que le perdonara los otros.

Don Rosendo contó los billetes: eran trescientos pesos más de ganancia, y tenía el recibo de las dos mil misas, y cuenta saldada.

Tomó la pluma y contestó diciendo:

—Recibí el dinero, y el resto se lo perdono para aquí y en presencia de Dios.

Vicente Riva Palacio



Vicente Florencio Carlos Riva Palacio Guerrero (Ciudad de México; 16 de octubre de 1832 - Madrid, España; 22 de noviembre de 1896) fue un político, militar, jurista y escritor mexicano.

Periodista exitoso con una señalada y personal actitud crítica y satírica; misma que quedara marcada en periódicos como La Orquesta y El Ahuizote; Riva Palacio participa como un

activo literato mexicano en los tiempos de entre guerras.

El género que más le sonrío siempre en popularidad es la novela. Realiza la mayoría de su obra novelesca entre 1868 y 1870. Tuvo a su disposición la mayoría de los archivos de la Santa Inquisición, lo que le brinda una grandísima cantidad de información que plasma en sus novelas de tema colonial. Sólo una de sus novelas (Calvario y Tabor) es de toque militar.

Junto con Juan A. Mateos coescribe zarzuelas y sketches teatrales satirizando la política mexicana. En 1870, junto con Juan A. Mateos, Rafael Martínez de la Torre y Manuel Payno publica El libro rojo, un breviario de la violencia dentro de la historia nacional mexicana. Junto con Juan de Dios Peza narra leyendas en verso en Tradiciones y leyendas mexicanas (1917) y crean a la imaginaria poetisa romántica Rosa Espino para publicar Flores del alma (1888), junto con el editor Santiago Ballezá, la obra México a través de los siglos, trabajo enciclopédico; encargándose él mismo de escribir el segundo tomo, dedicado a la Colonia. En su obra Los Ceros critica y polemiza a la clase política mexicana, lo que lo identifica como un personaje virulento para el régimen porfirista. Cuentos del General (que apareciera póstumamente en Madrid en el año de su muerte), es una colección de veintiséis relatos que presentan características comunes: brevedad en el título, la acción y la descripción de los personajes. Por su obra literaria, fue designado miembro correspondiente de la Real Academia Española.